

Admirado Javier de la docilidad de su hermana y conociendo los arranques de su carácter, temió que escribiera todo lo contrario de lo que él había dicho, y seguía atentamente el movimiento de la pluma con que la Marquesa escribía, esperando ver el contenido de la carta.

Terminada ésta, Luisa la dobló, colocándola dentro de un sobre, puso el sobre-escrito y se la entregó á su hermano abierta para que pudiera leerla, como así lo hizo, mostrando en el curso de la lectura, por medio de gestos y ademanes expresivos, agradables sorpresas.

—Bravo, exclamó, metiendo de nuevo la carta en el sobre; no se puede decir ménos ni se puede pedir más..... Tienes un talento de primer órden; un talento de mujer como no conozco ninguno. Te voy á deber la felicidad de un año y despues trescientos mil duros de renta. Abrázame, hermana, abrázame.

Los dos hermanos se abrazaron en el momento en que Fermin apareció en la puerta anunciando una visita, para la que la

señora Marquesa estaba siempre en casa.

—Que pase, dijo ésta.

Javier se desprendió de los brazos de su hermana, hizo una graciosa pirueta y ocultó en el bolsillo la carta que acababa de leer, diciendo :

—Yo la mandaré á su destino..... Ahora, querida mia, puedo con toda seguridad presentarte á mi secretario.

La visita estaba en la puerta del gabinete y era Matusalem en persona, que habiendo visto la pirueta del Duque, se quedó suspenso, temiendo interrumpir aquella íntima conferencia, en la que los dos hermanos tratarían probablemente algun grave asunto de familia.

La Marquesa lo vió, y dejó ver en su rostro un gesto de profundo desprecio, y no pudiendo contenerse, dijo :

—Adelante, caballero, adelante; llega usted en un momento propicio, pues acabo de caer en una debilidad imperdonable.

—¡Una debilidad! exclamó Matusalem entrando; dichoso el hombre que pueda dar testimonio de ella.

La Marquesa creyó advertir en estas palabras cierto acento de ironía.

—Muy dichoso, añadió Javier, pues yo soy el mortal afortunado; digo mal, el mortal infeliz que acabo de obtener el plazo de un año para decidirme á ser dichoso. Y aquí apelo al juicio de V., que tanta influencia ejerce sobre el ánimo de mi hermana. ¿Qué hombre pediría el plazo de un año para resolverse á tomar trescientos mil duros de renta?

—Ninguno, contestó Matusalem inmediatamente.

—Pues hé ahí mi debilidad, dijo la Marquesa, puesto que he consentido en ello.

—No me sorprende, replicó Matusalem, ese rasgo de bondad, porque la señora Marquesa no es muy aficionada al matrimonio. La he oído decir muchas veces que morirá viuda.

—Lo he dicho y lo repito. Solo hay un caso en el que decidiria casarme.

—¿Caso improbable, por supuesto? preguntó Matusalem.

—O caso probable, contestó la Marquesa.

La pregunta de Matusalem era el resumen de sus temores, y la respuesta de Luisa era el resumen de sus esperanzas.

Javier intervino, diciendo:

—El papel de marido es sumamente difícil.... Si es demasiado exigente es un tirano, si es demasiado complaciente es una víctima, y el término medio entre ambos extremos está en ir alargando el momento de convertirse en víctima ó en verdugo. He dicho, y me retiro con permiso de mi graciosa hermana y de su íntimo amigo, porque se acerca la hora de asistir á una comida que me da mi espléndido secretario.

—¡Hola! exclamó Matusalem; ¿ésas tenemos?

—Ésas.

—De lo cual infiero que cayó completamente en el garlito.

—Completamente; pero aún falta el golpe decisivo, porque ella....

—Es ella, añadió Matusalem y basta.... Ella es siempre ella.

La Marquesa oía y callaba.

—Vamos á ver, dijo el Duque, me en-

cuentro en presencia de una mujer que todo lo adivina y de un hombre que todo lo sabe, y á los dos les pregunto: ¿cómo se llega á poseer el corazón de una mujer?

Ufano Matusalem por aquella comparación, que tanto lo acercaba á la Marquesa, dijo con aire de superioridad incontestable:

—El corazón de la mujer no se posee nunca.

Luisa se puso de pié, y con el ademán majestuoso de una reina ofendida pronunció estas palabras:

—Los hombres que no saben comprender el corazón de la mujer, no llegan á poseerlo nunca.

—¿Qué dice V. á eso?..... preguntó Javier.

Matusalem se echó á reír, y con una audacia que asombró á la Marquesa contestó:

—Digo á eso, que cualquiera, al oír tales palabras, creería que la inaccesible viuda, desesperación de los hombres, está perdidamente enamorada.

Luisa no se dignó contestar, y tirando

violentemente de un cordón de seda, hizo venir á un criado y pidió la comida, diciendo á su hermano:

—Javier, he accedido á tus locos deseos; cúmpleme la palabra.

El Duque salió mientras la Marquesa, apoyada en el brazo de Matusalem, se dirigía al comedor.

Al sentarse en la mesa, dijo:

—Amigo mío, viene V. hoy terrible.

—Un poco.

—¿Se puede saber la causa?

—Sí.

—Veamos.

Matusalem cogió la servilleta reuniendo las cuatro puntas, y como si hubiera algo dentro de ella, se la presentó, diciendo:

—Señora, elija V. la paz ó la guerra.

—Elijo la guerra, contestó la Marquesa.

Ambos adversarios cruzaron sus miradas lo mismo que se cruzan dos espadas, y Matusalem dijo:

—La guerra..... sea.

Hubo un largo silencio, tan largo que duró toda la comida, hasta que servido el

café, la Marquesa hizo retirar á los criados, y volviéndose á su íntimo amigo, clavó en él sus hermosos ojos, diciendo :

— He aceptado la provocacion y espero el ataque.

Matusalem se irgió, no como el soberbio romano al sentir la punta de la lanza enemiga en la plancha de su escudo, sino como la fria víbora que agita la cabeza en el aire buscando dónde clavar sus dientes envenenados.

Se irgió, pues, dió á su semblante la atrevida expresion del triunfo, y con sonrisa victoriosa se dispuso á empezar el rudo combate que presenciaremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XIII.

Ojo por ojo y diente por diente.

— Señora, dijo Matusalem : el corazon de la mujer no se posee nunca, y desgraciado el hombre que funde su dicha en pretension semejante ; pero son muchas las mujeres que allá en el fondo de su corazon llevan escondido un secreto que compromete su decoro ó su vanidad, que puede exponerlas al desprecio de las gentes que el mundo llama honradas, ó lo que es peor, al ridículo, siempre ansioso de víctimas que devorar. Pues bien, poseer ese secreto, tenerlo en la mano, como yo tengo esta preciosa taza de china noblemente marcada con una ilustre corona de marquesa, es poseer más que su corazon inconstante, porque es poseer su vida, es tenerla en la mano como á la pobre mosca que